



**Ni magia, ni aura, ni belleza.
Hacia la visibilidad política de la cultura.**

Por Elena Bergé, Josefina Cingolani,
Candela Barriach y Felicitas Ciriaco

08.



El cuerpo pesa, late, empuja, duele, grita, vale. ¿Podemos imaginar el precio de un cuerpo? ¿Qué valor tienen los músculos fatigados, una composición musical, yemas de dedos reseca, frascos reseca de óleos color pastel, bronquios fríos, cuerdas oxidadas?

Franco se despierta tarde, porque sus noches son de trabajo en el hospital en que se desempeña como empleado administrativo. Corre a tomar clases de percusión a la casa de un profesor que vive por el barrio. Llega hasta allí pedaleando, con el tambor repique atado a la parrilla de su bici. Los pibes de la esquina le preguntan si está pensando en hacerse equilibrista y él larga la carcajada.

Las chicas bailan al ritmo de las paredes que se descascaran. La entrada en calor cuesta más los días de invierno en un centro cultural que no se desmorona porque se lo piden a gritos. ¿Cuánto cuesta una entrada en calor, unas polainas, unas calzas nuevas, una columna retorcida sobre

mosaico roto, unas metatarsianas?

El conjunto musical insiste durante varios meses, semana tras semana, en que el tetrís de los horarios cuaje. Buscan combinar que todxs puedan juntarse y ensayar pero cuando a algunx le sale una changa el día que habían acordado, se prioriza lo que ayuda a pagar el alquiler. Después de mucho tiempo y recursos invertidos, por fin llega la presentación del nuevo disco: tres fechas en un fin de semana. El balance monetario da en rojo: cada integrante puso ciento cincuenta pesos para llegar a cubrir el sonido y los taxis.

"El chofer sabe que somos dos", dice Lucía esbozando una sonrisa cómplice. El violoncello es más alto y más ancho que ella y un juego de cuerdas nuevas cuestan mil trescientos noventa y nueve pesos. Paga el boleto y se acomoda en algún rincón donde no la empujen. Cuarenta minutos y cincuenta pesos de viaje la separan del conservatorio.





Para Raymond Williams, la cultura se produce. No se trata de magia, ni de aura, ni de belleza, ni de genios; es producto de un proceso productivo, y producir es trabajar sobre materias para fabricar mercancías que formen parte del sistema capitalista. Entonces la cultura es materia, es trabajo, relaciones de intercambio, producción, consumo. Desigualdad. Si un piano es una mercancía y la música también ¿podemos pensar que las fotografías, una canción, las esculturas, una coreografía, una performance, las obras de teatro, son mercancías? ¿Y los cuerpos? ¿Los cuerpos qué son? Para Williams, la música (y otros lenguajes artísticos) es una práctica productiva real y un elemento de un proceso social material que conlleva condiciones e intenciones específicas. Por eso, la producción cultural es inseparable de la actividad económica.

¿Cuánto cuesta aquello que no vemos? ¿Qué valor tiene lo invisible? ¿Qué lugar tiene una murga en el conservatorio, o un ballet en el patio de la escuela? ¿Quién dice que la cumbia es menos que la ópera? La cultura es también, sin dudas, una red de sentidos entrelazados, y en esa urdimbre todxs disputamos ideas acerca de qué producciones culturales son arte, cuáles son sus fronteras, qué parte le toca a cada unx y quiénes se merecen qué cosa. Entonces, ¿cómo garantizamos el goce estético de todxs? Desigualdad cultural es no contar con los recursos para acceder a ciertos bienes culturales pero también no poder elegir y estar supeditadxs a que otrxs impongan gustos y estéticas "legítimas".



La cultura desborda en cuerpos cansados, en parrillas de bicicletas sobre adoquines, en la colecta para el alquiler de la sala de ensayo, en casas y manos descascaradas, en alcancías rotas para comprar cuerdas y pinceles, en voces de té sin miel ni jengibre, en movimientos de pies con frío. Si la cultura es material, lo material es económico y lo económico es político. Todo arte es político.

